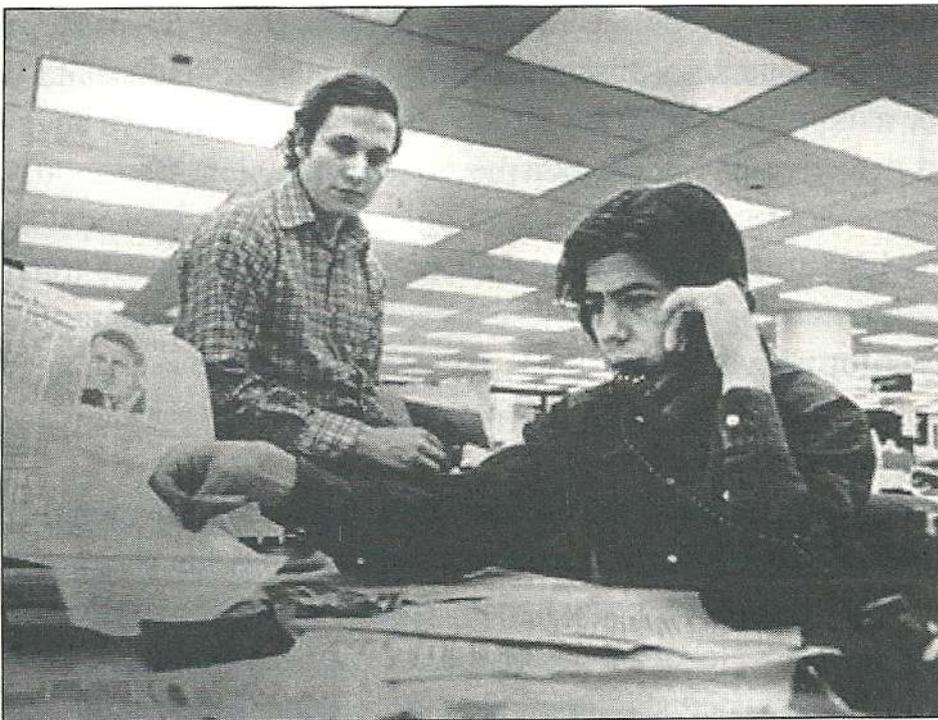


corrupción política, la explotación laboral en las grandes industrias y la inmoralidad de las sociedades occidentales modernas. De este modo, aparecía por primera vez en la historia del periodismo una corriente de informadores (Lincoln Steffens, Upton Sinclair, Ida Tarbell, Thomas Lawson, Graham Phillips) que desconfiaban sistemáticamente de la información oficial y trataban de encontrar por ellos mismos la verdad escondida en los entresijos de las administraciones y las grandes corporaciones. Sus incómodas denuncias motivaron un elevado grado de descontento entre los grupos de poder que presionaron a los medios de comunicación hasta el punto de conseguir que se rechazara este tipo de reportajes.

Como consecuencia de esta situación, la denuncia periodística vino sucedida de un largo silencio informativo hasta los años 60, aproximadamente, cuando la entrada en escena del Nuevo Periodismo volvió a poner en el punto de mira la actividad de un grupo de periodistas deseosos de romper los esquemas de producción informativa que durante décadas los habían sumido en una rutina asfixiante y les habían privado de su función social. Por ello, el Nuevo Periodismo se decidió a buscar el “revés” de todo hecho noticioso, desconfiando de la veracidad de las fuentes oficiales y sumergiéndose de lleno en ambientes tradicionalmente vetados a la información. Su misión no era nada desdeñable, como apunta Petra Secanella, pues se trataba de conquistar una ciudadanía bien informada capaz de ejercer con inteligencia sus derechos y libertades. En este contexto emergía la figura del moderno *muckraker* que ahora investigaba temas relacionados con la CIA, las actividades militares, Vietnam, los movimientos raciales, la industria armamentística y sus estrechas conexiones con la administración norteamericana, etc.



Bob Woodward, a la izquierda, y Carl Bernstein cuando comenzaron sus investigaciones sobre el *Watergate*.

Fuente:
The Washington Post
(version online).

Su afianzamiento se alcanzaría con el célebre escándalo destapado por los periodistas Bob Woodward y Carl Bernstein del diario *The Washington Post*. Gracias a este famoso episodio en la historia reciente de los Estados Unidos, quienes antes habían sido “periodistas carroñeros” se convirtieron en “héroes sociales” decididos a poner fin a una etapa de baja calidad informativa donde habían primado el sensacionalismo y el amarillismo. El resultado, entre otros, fue la creación en 1975 de la *Investigative Reports and Editors* (IRE), una institución dedicada a dignificar el periodismo de investigación reivindicando ante el poder político y económico que los

medios de comunicación no podían ser considerados simples correas de transmisión de las fuentes oficiales. Se fortalecía, en definitiva, el derecho a recibir una información veraz, documentada y contextualizada. Se robustecía, en suma, la libertad de información. Así lo ha defendido el periodista argentino Carlos Santiago en el portal Sala de Prensa (2006) cuando afirma que “El periodismo de investigación y sus resultados, por más que sea negativo en ocasiones para algunos personajes, es una necesidad para la sociedad que avanza o retrocede en sus valores”.

2. La “rutina” del periodista investigador

Desde la creación de la IRE, numerosos expertos han tratado de precisar esta nueva fórmula de hacer periodismo, sus métodos de trabajo y las características que debe reunir un profesional de la información si desea traspasar la frontera del diarismo y enfrentarse al discernimiento de una realidad oculta u ocultada. Ahora bien, aunque la ficción literaria y cinematográfica haya magnificado la capacidad detectivesca del periodismo de investigación, esta modalidad no debe entenderse sólo como la denunciología de grandes escándalos. Se puede hacer buena investigación dando a conocer lo desconocido. Se trata, en definitiva, de focalizar la lupa sobre otros sectores de la vida cotidiana que escapan a las rutinas informativas.

2.1. Precisiones terminológicas

Lo primero que debemos hacer es definir esta realidad profesional y posicionamos en el debate terminológico existente entre periodistas y teóricos sobre la denominación “investigación periodística” frente al término clásico de “periodismo de investigación”. Nosotros preferimos el primero de los citados; sin embargo, no todos los especialistas coinciden en aceptar esta denominación. Para el prof. Reig (2004: 9), por ejemplo, “investigación periodística” y “técnicas de la investigación periodística” resultan calificaciones demasiado “metafóricas” y prefiere “periodismo de investigación”. No sólo él, sino otros muchos autores se decantan por esta designación, al entender que la investigación periodística y sus técnicas (en sentido genérico) deben estar siempre presentes en la elaboración de cualquier pieza informativa que se publique, indistintamente de que se englobe dentro de ese ámbito especial que ellos consideran el periodismo de investigación: “La información bien hecha, bien trabajada, no tiene las exigencias ni la amplitud de horizontes del periodismo de investigación” (Caminos Marcet, 1997: 17).

Entendemos, por tanto, que para esta corriente de autores el elemento diferenciador del periodismo de investigación debe sustentarse sobre otra cualidad o cualidades y, al objeto de definir las, nos remitimos a sus pronunciamientos para tratar de encontrar el nexo de unión entre todos ellos:

Tiene que incluir un **elemento de secreto**; algo que nunca antes haya sido reportajeado y que alguien está tratando de mantener **oculto** (Rosemary Armaro, directora ejecutiva de *Investigative Reporters and Editors*).

Las tres características del Periodismo de Investigación son: 1) que la investigación se ejercite sobre un campo específico donde muchos de sus actores quieren mantenerlo **oculto**; 2) que lo **oculto** que se investiga se busque siempre en campo ajeno al de los objetivos e intereses del periódico; 3) que lo investigado se convierta en denuncia de aquello que el sujeto de la investigación quería mantener **oculto** (Héctor Borrat: El periódico, actor político).

Lo que caracteriza al Periodismo de Investigación es que el reportero escudriña allá donde se producen abusos de poder. Se presta atención a los abusos y crímenes que algunas de las partes implicadas, sujetos de la información, quieren mantener **ocultos** (Silvio Waisbord).

Sin embargo, aunque los medios de comunicación recobraran estas prácticas, aunque publicaran todas sus informaciones después de realizar un riguroso proceso de verificación, aunque el periodismo recuperara su esencia primera de comprobar con precisión todo lo que se publica, esta práctica

periodística no podría encuadrarse siempre en el campo del periodismo de investigación. Porque una cosa es verificar los datos antes de su publicación y otra diferente es investigar sobre ciertas informaciones que algunas personas o instituciones desean permanezcan ocultas (Caminos Marcet, 1997: 17). [La negrita es nuestra en todos los casos]

A la vista de estas afirmaciones, un elevado porcentaje de los autores que han teorizado sobre la materia sigue incidiendo especialmente en el “ocultismo” del tema a desarrollar, una tradición heredada del *Watergate*, teoría dominante en los estudios teóricos sobre la materia pero excesivamente idealista a nuestro entender, ya que reduce considerablemente el espectro temático sobre el cual poder investigar. Sobre todo porque no sólo lo oculto merece ser indagado: muchos de los episodios informativos que nos rodean y cuyo conocimiento resulta fundamental para el correcto funcionamiento del sistema y para el mantenimiento de una ciudadanía bien informada -y formada- necesitan una explicación en profundidad.

Con ello no queremos desterrar los cotos de información que han sido preferentemente objeto de investigación periodística en distintos países a lo largo de todo el siglo XX y XXI. Nuestra intención se concreta, por el contrario, como apuntó Manuel Cerdán en el Curso de Verano sobre Periodismo de Investigación celebrado en 2005 en Aranjuez, en apostar por nuevos temas de investigación “que suscitan mayor inquietud en la ciudadanía, lejos ya de la política y la corrupción que protagonizaron los grandes reportajes de décadas pasadas”. El interés del ciudadano ha cambiado, aseguró en dicho encuentro quien ha trabajado como periodista de investigación en el diario *El Mundo*, y los nuevos requisitos para que un tema se convierta en susceptible de ser investigado y publicado en un medio de comunicación pasan por factores como la relevancia social y las posibilidades de documentación. Nos encontramos, pues, ante una información trascendental para un amplio sector de la sociedad, sin necesidad de que esté encubierta, ocultada u oculta.

Desde esta estimación es preciso poner el acento en las dinámicas de trabajo y en la habilidad del periodista para escapar a las rutinas estandarizadas de producción y al influjo de las fuentes oficiales. Debemos adentrarnos, por tanto, en ese “camino diferente” al cual aludía Caminos Marcet en su obra de referencia *Periodismo de investigación. Teoría y práctica* (1997: 17). Es preciso buscar información más allá de los cauces rutinarios derivados del tan nefasto periodismo de declaraciones que inunda hoy día el espectro informativo, y profundizar en los acontecimientos seleccionados de acuerdo con el esfuerzo personal del propio periodista. Es este profesional quien se convierte en el verdadero protagonista en el proceso de investigación, pero no por el éxito personal a alcanzar (como podemos constatar en la figura de Antonio Salas, por ejemplo), sino por recuperar su papel de intermediario ante la audiencia y provocar en ella una reacción ante la información publicada.

2.2. El periodista “creador” y sus virtudes

Tras hacer este pequeño inciso conceptual, debemos referir que la primera de las cualidades de esta actividad es que debe ser un trabajo impulsado por el propio periodista, quien abandona su quehacer como transmisor para convertirse en creador de la información. No hay lugar para la obviedad, no se acepta ninguna verdad oficial de antemano y es imprescindible buscar información que, de otro modo, no saldría a su encuentro. Gracias a la continua confrontación con la realidad se consigue la ampliación de la agenda temática y el enriquecimiento del debate público, poniendo a disposición del receptor datos abundantes, pero contextualizados y enmarcados en una estructura de conocimiento que debe permitirle la comprensión del sistema en el cual se desenvuelve su vida.

En el periodismo de actualidad, por el contrario, el periodista se nutre de los testimonios y declaraciones facilitados por las fuentes oficiales de forma voluntaria e interesada: declaraciones, testimonios y notas de prensa prefabricadas son el material consumido habitualmente en las redacciones. Mientras, los acontecimientos esperan fuera. En esta dinámica el periodista desempeña un rol pasivo, ni analiza ni verifica por la legitimación *per se* de la fuente citada. Esta forma de entender el periodismo, además de necesitar menos recursos humanos, permite no salirse de la agenda y priorizar los aspectos más comerciales de la información. La

práctica cotidiana obliga a esperar que el acontecimiento se produzca para informar de él, y la transmisión de la noticia se produce al unísono en todos los medios, coincidiendo con el ritmo de trabajo impuesto por la planificación diaria y el horario de cierre. Así, cada día, se completa el ciclo productivo de la actualidad y se silencia la función del periodista como fedatario de la opinión pública.

Frente a ello, como indica el periodista Héctor Pavón en Sala de Prensa (2005), la imaginación y la lógica son las herramientas preferidas por el periodista dedicado a la investigación, quien “arma y desarma, realiza lecturas entre líneas, no da nada por sobreentendido”. Y ello es así porque todo es objeto de sospecha y de posible interés para él. El periodista debe mantenerse en un estado de alerta constante porque, en cualquier momento, de un dato insignificante o que ha pasado desapercibido puede “saltar” un tema revelador. Así lo ha reconocido el periodista de *El Nuevo Herald* y miembro del *International Consortium of Investigative Journalists*, Gerardo Reyes, cuando afirma que “Detrás de las noticias, de los comunicados de prensa, de la publicidad y los clasificados; en las cartas de los lectores al director, en los buzones de ayuda al ciudadano, en los obituarios y en las páginas de sociales, están a la vista miles de ideas para comenzar grandes proyectos”. Así fue, por ejemplo, como Felipe Armendáriz, Marisa Goñi y Matías Vallés, del *Diario de Mallorca*, se toparon de bruces con los “vuelos negros” fletados por la CIA camino de Guantánamo que hacían escala en la isla de Mallorca. Una labor que acabó sirviendo al Parlamento Europeo para iniciar un proceso judicial después de que los periodistas mallorquines cumplieran la primera de las máximas de la investigación: desconfiar de las versiones oficiales y buscar la otra cara de la moneda informativa, la que no interesa ser conocida.

Si no fuera por su trabajo, esta información hubiera quedado relegada al plano del olvido. El periodista de investigación debe ir, por tanto, más allá, revelar un acontecimiento oculto o desconocido pero sin caer en la trampa de las filtraciones interesadas por parte de quienes pretenden permanecer en el anonimato periodístico. Es lo que se ha dado en llamar “periodismo de dossier”, donde los medios se limitan a publicar información que ya viene procesada por un agente externo de manera intencionada. Esto no es investigación, pues no cumple ninguna función de crítica social y sólo contribuye, como afirma el profesor Caminos Marcet (1997), a desprestigiar al medio en cuestión, pues éste no duda en presentar como realidad investigada lo que no es más que una filtración interesada. Una frase que refrenda esta idea la encontramos en, la obra de Javier Chicote Lerena (2006: 72), quien apunta: “El periodismo de investigación está siendo sistemáticamente atacado y desvirtuado [. . .]. Se trata de filtraciones de informaciones poco rigurosas, superficiales y sensacionalistas que se venden al público como si de investigaciones se tratara”.

Pero para poder contrarrestar estas prácticas tan tristemente implantadas en nuestros medios, los periodistas necesitan disponer de tiempo, meses de dedicación frente al ritmo frenético del día a día. Resulta imposible ceñirse a los vertiginosos -pero perfectamente planificados- ritmos de la actualidad, porque las labores de documentación y contraste de la información, del acceso a fuentes que han puesto todo su empeño en permanecer ajenas a los circuitos de la información, no es labor que pueda realizarse en el transcurso de una jornada estándar. Así lo relatan, por ejemplo, los periodistas del *Wall Street Journal*, Rebecca Smith y John R. Emshwiller, cuando en 2001 destaparon el escándalo de la compañía estadounidense Enron. Si bien los periodistas consiguieron hacer tambalear el universo de las corporaciones norteamericanas en 24 días, del 16 de octubre al 8 de noviembre, las labores de documentación y verificación de los datos obtenidos se remontaron varios meses atrás para poder hacerse con el manejo del entramado corporativo estadounidense y demostrar las prácticas financieras fraudulentas amparadas por directivos corruptos. La constatación de una noticia común (la dimisión por motivos personales de un alto cargo de la empresa) despertó la curiosidad de estos periodistas quienes contaron con la colaboración de empleados de la propia firma que aportaban documentos de vital importancia para desenmascarar este caso de corrupción.

Junto al recurso tiempo no son menos imprescindibles los medios técnicos y económicos para poder costear los gastos generados por viajes, facturas de teléfono, material audiovisual, medidas de seguridad, pagos a cambio de información, etc. Pero no sólo tiene que calibrar el periodista el valor económico de sus pesquisas, sino que también deberá preguntarse hasta dónde está dispuesto a llegar con su investigación, qué quiere realmente demostrar y en

qué momento y bajo qué circunstancias se verá obligado a abandonar por las presiones externas o por sus propias implicaciones personales. Pepe Rodríguez y Antonio Salas con sus trabajos de infiltración en la secta Moon y en la banda de los *skinheads*, respectivamente, han aportado a esta disciplina suficientes testimonios para aquilatar el riesgo emocional y físico del investigador.

Tiempo, medios económicos y técnicos, honestidad profesional, aportaciones novedosas, lejanía de los convencionalismos productivos, etc., todas estas cualidades quedarían anuladas si el periodista no acometiera la más importante de las tareas cuando se plantea su trabajo de investigación: asegurar la máxima precisión en los datos aportados.

El periodista debe someterse a la disciplina del contraste de la información, una tiranía que es correlato de la desconfianza sistemática de las versiones oficiales. La única “fórmula mágica” para cerciorarse de que sus pesquisas van por buen camino es la verificación en diversos tipos de fuentes: técnicas, expertas, implicadas, afectadas, favorables o desfavorables, etc. Todas, independientemente de su posición en la escala jerárquica de los acontecimientos, son fundamentales para avanzar y ningún dato por ellas suministrado, aunque parezca insignificante, debe desdeñarse. De lo que se trata, en suma, es de ofrecer al lector cuantos más testimonios mejor para acercarse al fenómeno investigado de forma plural y con múltiples perspectivas. Debemos, por tanto, mostrar las dos caras de la moneda, aunque el reverso no despierte las simpatías de la opinión pública y entre en colisión con la línea ideológica del periodista. Estos obstáculos deben ser superados si se quiere hacer buena investigación. Ningún partidismo, ni el de las audiencias ni el de las ideologías, debe impedirnos llegar al conocimiento de la realidad.

3. Método y ciencia para el periodismo

El principal baluarte para lograr este objetivo es, como apunta Alfredo Torre (en Pandiani, 2004), la aplicación de técnicas precisas que capaciten al periodista para descubrir las pistas necesarias. Ahora bien, como él mismo reconoce, no existen recetas mágicas y, por ello, sólo podemos referirnos a un conjunto metodológico que debemos aplicar con meticulosidad cuando se quiere ahondar en un asunto de interés público.

Es cierto que el instinto del periodista, la curiosidad y la capacidad de observación (entre otras), como apunta Pepe Rodríguez en *Periodismo de Investigación: Técnicas y estrategias* son cualidades insustituibles para un informador, pero es imprescindible disponer de un método, como reclama el propio autor:

[...] la capacitación técnica que puede tener el investigador también será un elemento decisivo para determinar el futuro de un proyecto de investigación concreto. Del conocimiento que se tenga de los campos técnicos que rodean al objeto a investigar -fondo temático (conocimientos culturales o científicos), elementos que facilitan su aprehensión (conocimientos tecnológicos, idiomáticos u otros) o posibilitan su adquisición (medidas de seguridad u otras), etc. - va a depender la mayor o menor rentabilidad informativa que se le saque al tema en si y al propio esfuerzo personal. (Rodríguez, 1994: 21-41).

A pesar de esta declaración de intenciones y de que en las páginas iniciales de su obra el autor ha reclamado “mucho trabajo y método adecuado”, en algunos pasajes de su libro aboga por estrategias más detectivescas y policiales que periodísticas. Muchas de ellas de indudable resultado (no desconfiamos de la efectividad de técnicas como *la zorra en el gallinero* o *el periodista ingenuo*) pero que sólo hacen referencia al proceso de obtención, no al de procesamiento. Una carencia que no parece ser la más importante para el periodista Gerardo Reyes, autor de *Periodismo de Investigación*, quien desplaza esta reclamación metodológica con la -innegable- capacidad de indignación, que debe exhibir el periodista:

Pero más allá de los conocimientos científicos o técnicos, el periodista debe tener una firme convicción de lo que es justo y honesto. Tan firme como su capacidad para indignarse por las

cosas que no funcionan y que se aceptan con resignación por el resto de la gente como parte de su vida. (Reyes, 2005: 62).

Daniel Santoro, editor de la sección política del diario *Clarín* y responsable de la investigación sobre tráfico de armas durante el Gobierno de Menem, compensa el idealismo de su compatriota y, aunque dota de cualidades detectivescas la condición del periodista, realiza las mínimas concesiones necesarias a los aspectos metodológicos:

La investigación periodística tiene las mismas exigencias que la resolución de un enigma policial. Comienza con un delito -un acto de corrupción, que puede derivar hacia el robo de los caudales público o el crimen- cuya solución encaran seres sin otras armas que la tenacidad y la inteligencia. Y continúa con la compulsión de legajos y archivos -a veces miles y miles de páginas-, el cotejo de datos inusuales, la búsqueda de testimonios personales que a veces lleva a vías muertas. En las novelas policíacas inglesas los delitos se esclarecían a través de laboriosas deducciones. En la realidad de la indagación periodística es imprescindible **el trabajo de campo**, el golpe de suerte, la confidencia, la superación de los infinitos obstáculos que suele poner el poder, ya que, por lo general, el poder está encubriendo al culpable. (Santoro, 2004: 11) [La negrita es nuestra]

Esta atención a la metodología, variaciones al margen, podemos desglosarla en las siguientes fases:

Búsqueda del tema de investigación

Se puede comenzar esta etapa con la lectura de los medios nacionales/regionales/locales, o publicaciones especializadas. También se puede dar continuidad a investigaciones pasadas o retomar trabajos realizados con anterioridad pero en los que se ha descuidado algún aspecto informativo. La ciudadanía también es una fuente de inspiración constante para el periodista. Así sucedió con la carta dirigida al periódico *La Vanguardia* por un lector que observó sombras extrañas en el fuselaje de uno de los aviones que impactó en el edificio *World Trade Center* en Nueva York el 11 de septiembre de 2001. La curiosidad del lector permitió a Eduardo Martín de Pozuelo y Xavier Mas de Xaxás iniciar unas pesquisas sobre los aviones siniestrados que se toparon de inmediato con el secreto de la compañía Boeing y del propio Pentágono.

En otro orden de cosas, la venganza y los resentimientos pueden, igualmente, jugar a favor del periodista investigador, puesto que las fuentes susceptibles o resentidas son proclives a destapar información que, correctamente contextualizada, contrastada y analizada puede convertirse en parte del reportaje de investigación. De este modo se inició la investigación del *Daily Telegraph* sobre los gastos de los diputados británicos, una labor valorada por el jurado del Premio Reporteros del Mundo 2009 como “el trabajo de investigación periodística de más impacto en Europa en la última década”. Nos interesa este episodio porque “El origen de la filtración fue un militar en la reserva que llamó en primavera a la puerta de varios periódicos británicos. Ejercía de intermediario para una tercera persona que tenía en su poder un disco duro con todos los gastos de los diputados...”. En el supuesto de que la filtración se convierta sólo en una pista más a investigar, en un dato más a contrastar en el proceso de investigación, el periodista estará actuando conforme al rigor profesional y la ética.

En último lugar, no podemos desdeñar tampoco el azar como detonante de una investigación, pues son a veces los sucesos inesperados los que requieren más y mejores explicaciones periodísticas que las que se les puede brindar normalmente desde las tribunas de muchos medios.

Análisis de la potencialidad del tema y formulación del problema

El primero de los aspectos se cubre con el estudio de viabilidad, que permite al periodista decidir si continúa o abandona su misión. Se trata de definir, *a priori*, el éxito o fracaso de la

investigación y el periodista debe acometer una descripción analítica lo más completa posible de lo que se va a encontrar durante el transcurso de sus investigaciones. Un ejercicio de honestidad que le llevará a plantearse el interés de su trabajo para la opinión pública, su propio grado de profesionalidad y del medio que le respalda, además de las futuras repercusiones que en determinados estratos podrá tener su reportaje y las represalias que contra él se podrán tomar. Estas últimas están bien retratadas por el catedrático José Manuel de Pablos (1999) en la cuarta "p", como él la denomina, del proceso investigador y que corresponde a la presión ejercida por quienes se sienten vulnerados por el tesón del periodista. Si el cuestionamiento de todas estas variables encuentra un sí como respuesta, el periodista está en condiciones de hacer su boceto de la investigación, dando forma a los objetivos y las hipótesis de su trabajo.

Búsqueda de fuentes documentales y orales

Las primeras permitirán al periodista tener un conocimiento exhaustivo de lo investigado, comprendiendo los acontecimientos sobre los cuales deberá informar después a la audiencia. Informes, legislación, ensayos, obras de referencia, actas, etc., deben servirle para recopilar todos los datos necesarios y formarse una idea global y precisa de lo investigado. Aunque es la fase más ardua de todo el proceso de investigación, es fundamental porque, por ejemplo, cómo podremos entrevistar a un experto en criobiología si no conseguimos dominar el lenguaje y la especialidad que maneja nuestro interlocutor? El periodista argentino Daniel Sontoro habla en este sentido de la capacidad *gluteocerebral* del periodista de investigación, quien pasa horas revisando documentos con el objetivo de dotar su trabajo de un elevado grado de credibilidad, evitando los conceptos erróneos.

Una vez culminada esta etapa, nos encontramos en uno de los momentos más atractivos de la investigación, cuando el periodista sale a buscar testimonios orales. Aquí es necesario valorar las fuentes, su potencialidad informativa realizando un análisis de las características de las mismas, es decir, evaluando qué información nos pueden suministrar en caso de que contactemos finalmente con ellas. Ahora bien, este trabajo no está exento de riesgos porque no todas las fuentes se comportan del mismo modo, ni ofrecen el mismo grado de Habilidad, ni son igualmente productivas. Pero surge, además, otra larga lista de interrogantes: ¿dónde se localizan estas fuentes?, ¿a cuál acudir primero?, ¿cuánto tiempo de la investigación va a restar?, ¿cómo acercarse a las fuentes sin despertar recelos?, ¿cómo equilibrar la relación laboral con la fuente si se han establecido, además, lazos de amistad?, ¿qué hacer si la fuente no está dispuesta a hablar? Esta enumeración se cierra con la no menos espinosa cuestión del secreto profesional, cada vez más encorsetado por los ordenamientos legales que ven en el anonimato de la fuente una merma de la credibilidad del periodista, así como una patente de corso para el ejercicio de la difamación, la calumnia y las agresiones a la intimidad y el honor de los personajes denunciados.

Bajo el lema de la seguridad son numerosos los periodistas que han debido hacer frente a reclamaciones de los órganos judiciales para romper el vínculo más íntimo que le une a su fuente: la confidencialidad y el respeto de la misma. Casos recientes, al margen de su cariz político, se documentan en el conocido asunto Flame, donde la periodista Judith Miller pasó 85 días en prisión por negarse a revelar el nombre de la fuente que le había permitido destapar la identidad de una espía de la CIA (Valerie Flame), una actuación considerada delito en los Estados Unidos.

Si los órganos legislativos están forzando con frecuencia al periodista dejar desprotegidas a sus fuentes de información, tampoco es menor -e ilegal- el esfuerzo que están haciendo las compañías privadas para conseguir la identificación de quienes suministran a la prensa información reservada de la empresa y permanecen, gracias al juramento del periodista, en el anonimato. Así ha sucedido, por ejemplo, con la firma de ordenadores e impresoras Hewlett Packard, acusada en 2006 de espiar a sus empleados y a periodistas con el objetivo de identificar a la persona que desde el Consejo de Administración estaba filtrando información confidencial a la prensa.

Evaluación final de la investigación

Tras comprobar el periodista que ha cumplido la totalidad de sus objetivos y que todos los datos empleados han sido debidamente contrastados, la investigación ya estará preparada para su publicación. Verá así la luz la dedicación de varios meses de trabajo en los que habrá debido desplegar toda una serie de técnicas aprendidas de la sociología, de la estadística, de la psicología, de la documentación, etc., para poder enfrentarse a la inmersión en archivos y obtener recursos documentales, o para analizar el perfil psicológico de sus fuentes y aprovechar al máximo la información suministrada. Una obligación requerida si se quiere ser fiel a la misión social encomendada a los periodistas que han asumido la tarea de iluminar las zonas oscuras de la sociedad, aumentando el caudal del conocimiento y favoreciendo, en último lugar, la transparencia de la democracia. Unas metas alcanzadas porque el periodista denuncia una ilegalidad para ponerla en conocimiento de la ciudadanía y, en última instancia, de la Justicia, que es la que debe corregir el mal funcionamiento detectado por la acción del periodismo.

4. El reverso de la investigación

Frente a la mitología social creada en torno a esta modalidad periodística (alimentada sin lugar a dudas por el *Watergate*), son muchos los autores que muestran su lado más crítico hacia la existencia misma del periodismo de investigación. Alberto Rodríguez Pena publicaba en un monográfico editado por la Sociedad Española de Periodística un tajante veredicto sobre la vigencia de esta realidad profesional en su artículo “Publicidad, mito y propaganda del periodismo de investigación”:

El llamado periodismo de investigación, que se emplea generalmente para prestigiar la actividad informativa de un medio, se ha convertido en un tópico instituido socialmente por la propia maquinaria mitológica de la comunicación social, cargado de una fuerte intencionalidad publicitaria por parte del medio que autoproclama este tipo de periodismo, del que no es tan fácil establecer las pautas exactas (Rodríguez Pena, 1998: 176).

Para el profesor gallego, debería hablarse de una estrategia de marketing y “autobombo muy en boga actualmente debido a la fuerte competencia existente en el mercado periodístico”. Volviendo nuestros ojos a la realidad periodística para calibrar la idoneidad de las palabras del prof. Pena Rodríguez, encontramos ejemplos que corroboran su tesis de que el periodismo de investigación ha pasado a convertirse en un reclamo comercial dejando a un lado su función social. El primero de ellos, de referencia obligada en su XX Aniversario, es el periódico *El Mundo*. El diario de Unedisa incluía en el vídeo promocional de la Gala “Dos Décadas de Periodismo Independiente”, celebrada el pasado 22 de octubre de 2009, comentarios como “Dos décadas de éxito sin mermar su espíritu de investigación”, “Veinte años a la cabeza del periodismo de investigación” o “En 1998 nace El Mundo TV, llevando al ámbito de la televisión el periodismo de investigación y el reportero de denuncia, un género del que ha sido pionera creando escuela en todo el país”.

Si nos fijamos en la televisión, también encontramos elementos para reflexionar sobre esta cualidad publicitaria. Una mirada a la parrilla de las cadenas estatales y autonómicas en estos últimos años así lo atestigua ya que ninguna ha dejado pasar por alto el valor añadido de incluir la etiqueta de “investigación periodística” en su programación: *Documentos TV*, *En portada*, *En realidad*, *Extra* (TVE); *El buscador*, *Diario de...* (Telecinco); *Investigación3*, *7 días-7 noches* (Antena 3); *Al descubierto* (Canal9); *4x4, 1 Equipo* (Cuatro); *Expreso Noche*, *Los Reporteros* (Canal Sur). La moda de la investigación periodística ha dado el salto de los periódicos y revistas a las televisiones con el impacto de la imagen, mucho más demandada si, además, ha sido captada con cámara oculta. La combinación es perfecta: al misterio del periodismo de investigación se le suma ahora la espectacularidad de la imagen vetada. La prueba más reciente de ello la hemos tenido en 2006, cuando TVE1 anunciaba la vuelta a su parrilla de uno de los reporteros de la primera etapa del famoso espacio de Telecinco “Caiga quien caiga”. El regreso de *Tonino* se producía en un programa llamado “Extra”, que los diferentes semanarios y sitios webs especializados en programación televisiva definían como “parodias sobre reportajes

de investigación”. El propio presentador del programa había declarado en Sala de Prensa de RTVE lo siguiente: “Haremos un nuevo periodismo de investigación en clave de humor. No descubriremos nada nuevo pero sí que vamos a reímos todo lo que podamos”. En este *latenight* programado para la noche de los miércoles, y según explicaciones de los responsables a www.televisióndigital, se elaborarían reportajes en la forma que siguen los cánones del periodismo de investigación:

Los reportajes serán narrados con profusión de detalles, documentados de forma sensacionalista y hasta truculenta y plagados de testigos oculares falsos y de especialistas estafalarios que dan fe de todo lo que se está contando. En este sentido, “Extra’ utilizará multitud de elementos para dar autenticidad a sus reportajes e informaciones, como por ejemplo conexiones en directo con protagonistas o afectados, entrevistas hilarantes e intervención en el plató de supuestos analistas y especialistas sobre las materias investigadas; sin olvidar las llamadas telefónicas de personas que afirman haber sido testigos de acontecimientos paranormales o testigos de los hechos que dan la cara o salen debidamente camuflados como las típicas gafas oscuras y la peluca.

El humor también puede servirnos, como observamos, para reflexionar sobre la funcionalidad real de este tipo de periodismo, puesto que las alusiones satíricas sobre las que tradicionalmente han sido las notas distintivas de un buen ejercicio periodístico puede resultar una vía interesante para cuestionar qué papel tiene el periodista en el proceso de dar forma a su información, cuáles son los intereses del público a la hora de condicionar la elección de temas, y, sobre todo, si la ciudadanía tiene esta imagen tan distorsionada de la investigación periodística: “gargantas profundas”, especialistas estafalarios y fuentes deseosas de mantener su anonimato.

Junto a la consideración de la “marca” investigación como reclamo publicitario de los medios, no podemos olvidar en esta irresoluta reflexión sobre la viabilidad de la investigación periodística en el panorama mediático actual, la *desconfianza* de muchos profesionales y del público, en suma, hacia la existencia de una investigación periodística efectiva. Así se refleja, por ejemplo, en el catastrofista vaticinio del catedrático De Pablos en “El periodismo de investigación: pura quimera”:

Nos empeñamos en hablar a los estudiantes del periodismo de investigación y hacemos bien. Lo que no estaría tan bien es no decirles la segunda parte: a las empresas no les interesa esa práctica, las empresas cercenan el periodismo de investigación. Antes mismo de que asome la cabeza. Su práctica las aleja del poder, de la influencia sobre los poderes públicos... aunque las acerca al lector. Y al Periodismo.

Pero el Periodismo no interesa a las empresas, preocupadas tan sólo por la cuenta de resultados. Por eso, el periodismo de investigación, que es posible, muere antes de nacer: los editores lo abonan para evitar encontrarse con la verdad escondida por el poderoso. Hay, no obstante, muy pequeñas excepciones en prensa convencional. La web tiene grandes posibilidades para mostrar resultados investigativos periodísticos... hasta que ese sitio alcance notoriedad y se acerque al capital. En ese momento, todo volvería a ser igual. (De Pablos, 2005)

También Montserrat Quesada aporta su visión pesimista sobre esta realidad en el caso español:

En un país donde la prensa continúa dependiendo de créditos bancarios y de compromisos financieros, al margen de otras dependencias de tipo ideológico-político, no es fácil ni práctico investigar determinados ámbitos que pueden volverse contra uno mismo.(Quesada, 1987: 9).

Y John Pilguer incluye similares referencias sobre la escena internacional:

Desde la prensa de Murdoch hasta la BBC, las reglas tácitas del club de los medios modernos no varían mucho. Las fronteras invisibles de las 'noticias' permiten que las premisas falsas se conviertan en ideas extendidas y engaños oficiales que después se canalizan y amplifican. Se informa del destino de las sociedades enteras según la utilidad que tenga para "nosotros", que es a menudo el término utilizado para designar el poder occidental. (Pilguer, 2007:17-18)

Con estas referencias precedentes, podemos encontrar, pues, numerosos elementos que han obligado al periodismo de investigación a claudicar. Comencemos por una cuestión tan básica como es que las empresas informativas no están dispuestas a costear los altos costes económicos de disponer de un equipo que pueda dedicarse durante días o semanas a una o varias investigaciones abiertas. Sin el respaldo económico y técnico del medio es difícil cumplir con la función social de colaborar en la formación crítica de la ciudadanía.

Ya nos hemos referido anteriormente a las rutinas de producción, una parcela donde el único problema no es el periodismo de dossier o de declaraciones. También están la precariedad laboral (el informe de la Federación de Asociaciones de Periodistas de España recoge anualmente como principal queja de la profesión las bajas remuneraciones del sector), la deficiente formación con la que muchos egresados se enfrentan al mercado laboral y el proceso de "socialización editorial" al que voluntariamente se somete el periodista para su autodefensa y para asegurar su promoción profesional, según apunta el profesor Lorenzo Gomis.

Pero podemos seguir sumando "enemigos", como denomina el profesor Chicote Lerena (2006), a esta lista negra. La presencia de "hombres de negocios" en las cúpulas directivas de los principales medios de comunicación y la connivencia con la clase política han provocado que los periodistas no puedan atentar contra el sistema político-empresarial que les alimenta. Unos pagan las nóminas; los otros, regulan el funcionamiento de los medios y, además, conceden o revocan licencias llegado el momento. Los investigadores Bridget Thornton, Brit Walters y Lori Rouse, del Proyecto Censurado de la Universidad Sonoma State de California (<http://www.projectcensored.org>), establecieron en 2007 que 118 miembros de las juntas directivas, consejos y directorios de las diez organizaciones mediáticas más importantes de los Estados Unidos pertenecen simultáneamente a los directorios de otras 288 corporaciones transnacionales estadounidenses. La concentración empresarial, las relaciones de los magnates de los medios de comunicación con el poder económico y con la clase política han reducido al periodismo de investigación a un reflejo vago y difuminado del mismo, como explica Chicote Lerena (2006:80) cuando afirma que los medios "se mueven en las medias distancias para así quedar bien con todos, con los lectores, a los que se les sirve una dosis de espíritu crítico, y con el poder, al que increpa sólo superficialmente, hasta donde están dispuestos a consentirlo".

La gran red de intereses tejida en torno a los conglomerados mediáticos se completa con las presiones ejercidas desde las autoridades públicas, poco dadas a ser escrutadas y muy celosas de su impunidad. A ello debe sumarse la dependencia económica de las inversiones publicitarias, un auténtico pasaporte a la inmunidad como lo han denominado los periodistas Jesús Cacho y Carlos Estévez, quienes se refieren a ella como un *impuesto revolucionario* que estrecha, aún más, los límites de actuación del profesional. Pero curiosamente son las propias empresas periodísticas las que se lanzan voluntariamente a las redes voraces de las inversiones de grandes o pequeñas empresas -el tamaño aquí es lo de menos-, las cuales cercenan sobremanera la agenda de temas a tratar. Un ejemplo de este "suicidio" mediático lo tenemos en la red de empresas periodísticas *QuadrantoNE*, donde cuatro grandes de la información en los Estados Unidos (Gannet, Hearst, New York Times Co. y Tribune) se aliaron en 2008 para incrementar su cartera de anunciantes en el universo digital. El propio consejero delegado de la red se felicitaba en la presentación del proyecto de que las grandes firmas tendrían ahora acceso de forma inmediata a sus potenciales clientes gracias a la ventana abierta en Internet. Pero el precio que se paga por ofrecer paquetes comerciales más baratos a los anunciantes es acceder a que sean ellos quienes determinen la línea editorial del medio. Cabe preguntarse si las empresas periodísticas prefieren la rentabilidad de sus inversores mediante publicidad o los elevados gastos generados por un equipo de investigación que puede no acabar publicando -y, por tanto, desperdiciando meses, personal y dinero- porque la información colisiona con alguno de los intereses económicos o políticos del medio. En un momento como el actual, la elección entre

estos dos supuestos es evidente. Y si no está clara, las tesis de Chicote Lerena contribuyen a despejar cualquier duda:

Las irregularidades que el periodista descubre y denuncia pueden llevar implícitas repercusiones económicas y personales: la administración retira su publicidad del medio en cuestión y le niega la licencia radiofónica, o el mañoso denunciado amenaza la integridad física del reportero y/o su familia.(Lerena, 2006:72)

El último de los reversos de la investigación es, al calor de las últimas palabras de Chicote Lerena, el brutal ejercicio de la violencia física contra el periodista. La sutilidad de la inversión publicitaria, la autocensura para no importunar al círculo de interesadas amistades de los magnates de la comunicación, la revocación de licencias, etc., dejan paso a amenazas, secuestros y asesinatos en todas las latitudes del planeta cuando el periodista se inmiscuye en terrenos vetados por el poder, independientemente del signo político del partido que ocupe el gobierno o de las compañías transnacionales que tengan intereses económicos en el país. Rusia, Sudamérica, China, los países árabes, los regímenes africanos, los antiguos satélites soviéticos, etc., todo ellos emergen de manera recurrente cuando se habla de presiones contra los periodistas. Pero no podemos caer en el maniqueísmo de despreciar los mecanismos que las democracias occidentales emplean para silenciar las angostas sendas por las que discurren los pocos ejercicios de investigación autorizados, refugiados en su inmensa mayoría en Internet o en medios de difusión minoritaria.

A la vista de estos inconvenientes (a los que se suman las restricciones de las legislaciones en materia de información y el papel acomodaticio de las audiencias), la disyuntiva entre la noble tarea con la que nacía esta fórmula para hacer periodismo y sus posibilidades reales de aplicación suscita serias dudas sobre su supervivencia en un panorama donde el periodista ha quedado convertido en un apéndice más de sus amos, obligado a guiarse por criterios de productividad, y donde la información únicamente tiene valor para favorecer los intereses económicos y políticos de quienes controlan las empresas mediáticas.

LAS CLAVES

La investigación es resultado de la actividad del periodista y no de una filtración interesada.

El periodista debe someterse a una tiranía del contraste informativo para verificar todos los datos.

La investigación periodística fortalece el sentido de una sociedad bien informada al rectificar el funcionamiento erróneo de sus instituciones.

Las actuales rutinas de producción en los medios de comunicación (concentración empresarial, inversiones publicitarias, imposición de las fuentes oficiales) dificultan el ejercicio de esta modalidad periodística.

CONSEJOS PRÁCTICOS

Desconfíe sistemáticamente de las fuentes oficiales.

Evalúe la investigación antes de disponerse a acometerla.

Si el beneficiario de su investigación no es la ciudadanía, no publique su trabajo.

El periodista debe dejar en manos de la justicia la resolución de las irregularidades detectadas durante su investigación.

Fuentes documentales

a) Bibliografía esencial

CAMINOS MARCET, José María (1997): *Periodismo de investigación. Teoría y práctica*. Ed. Síntesis, Madrid.

CHICOTE, Javier (2006): *El periodismo de investigación en España. Causas y efectos de su marginación*. Fragua, Madrid.

QUESADA, Montserrat (1997): *Periodismo de investigación o el derecho a denunciar*. Ed. CIMS, Barcelona.

REIG, Ramón (2000): *Periodismo de investigación y pseudoperiodismo. Realidades, deseos y falacias*. Eds. Libertarias/Prodhufi, Madrid.

REYES, Gerardo (2006): *Periodismo de Investigación*. Ed. Trillas, México.

RODRÍGUEZ, Pepe (1994): *Periodismo de investigación: técnicas y estrategias*. Ed. Paidós, Barcelona.

b) Bibliografía complementaria

PILGUER, John (2007): *Basta de mentiras. El periodismo de investigación que está cambiando el mundo*. RBA, Barcelona.

MARTÍNEZ PANDIANI, Gustavo (2004): *Periodismo de Investigación: fuentes, técnicas e informes*. Ugerman, Buenos Aires.

DE PABLOS, José Manuel (1999): "Periodismo de investigación: las cinco fases P", en <http://www.saladeprensa.org/art1.htm>

- 2005: "El periodismo de investigación, pura quimera", en <http://www.razonxpalabra.org.mx/miramedia/2005/octubre.html>

CAMINOS MARCET, José Maria (1997): "Periodismo de filtración; periodismo de investigación", en <http://www.ehu.es/zer/zer2/9artcami>.

c) Otras fuentes

Especial dedicado por Sala de Prensa al Periodismo de Investigación: <http://www.saladeprensa.org/investigacion.htm>

Dossier de El Mundo, publicado con motivo del curso de verano “Periodismo de Investigación en suplementos y semanarios”, celebrado en Aranjuez en julio de 2005. <http://www.elmundo.es/elmundo/2005/07/17/comunicacion/1121594289.html#periodismo>

Ciudad del silencio (*Bordertown*: Gregory Nava, 2007)

Diario de un Skin (Jacobo Ríspa: 2005)

El precio de la verdad (*Shattered Glass*: Billy Ray, 2003)

GAL (Miguel Courtois: 2006)

La sombra del poder (*State of Play*: Kevin McDonald, 2009)

Nixon (*Nixon*: Oliver Stone, 1995)

Veronica Guerin (*Veronica Guerin*: Joel Schumacher, 2003)